

VOCES DEL AGUA

Fernando de Villena



Fernando de Villena (Granada, 1956) ha cultivado diversos géneros. Como poeta agrupó la mayor parte de sus libros en los volúmenes “Poesía (1980-1990)”,

“Poesía (1990-2000)” y “Los siete libros del Mediterráneo”. Como narrador ha publicado diversas novelas y libros de relatos. Algunos de los títulos más señalados de su narrativa son: “El hombre que delató a Lorca”, “Sueño y destino”, “Iguazú”, “El testigo de los tiempos”.... También ha cultivado la crítica literaria y como fruto de esta ocupación han aparecido otros libros suyos sobre las letras actuales y las de los siglos de Oro. Es profesor de Literatura y miembro de la Academia de Buenas Letras de Granada.

IV

Sigan las aguas su marchar pausado
luciendo los collares de los puentes;
con dulce sigan gravedad silentes
lamiendo el monte, dividiendo el prado;

huyan las nubes hacia otros ponientes,
del viento huyan que se muestre airado;
vayan las aves con su remo alado
a buscar unos climas más clementes;

su carroza, conduzca el sol, de fuego;
nunca encuentres los orbes su sosiego
ni hallen nunca los hombres tierra cierta;

pero en tanto se da todo al trasiego,
más quiero estar sentado yo en mi puerta
la vida viendo y a la muerte alerta.

GENERALIFE

Como esta confundida acequia
que ignora lo efímero de sus burbujas
y la necia altivez de sus arcos
de agua fugitiva,
la vida fluye sintiendo,
por la celeste delicadeza de los aromas
y el misterioso canto del ruiseñor dorado,
la proximidad del jardín perdido
que custodia el ángel riguroso
de la entrega.

¿Cuántas veces ha de morir el sol
para que el cristal entienda al fin:
sólo diluyendo su esencia adamantina
en las entrañas de la oscura tierra,
gozará en la savia de rosas y celindas?

LAS PLÉYADES

Bajan las Pléyades al agua calma
seguras de no ser vistas, dichosas,
como lirios desnudas,
raudas como gacelas,
y una luna, consciencia de la noche,
cruel de revelaciones, amarilla,
sorprende de sus senos infantiles
todo el jazmín o fuego.

SURTIDORES

Palacios de cristal simula el agua,
corceles de ágil salto,
anhelos o gacelas,
de lilas lluvia o de celindas vuelo
(como premio arrojadas
por los lirios o manos de la hermosa);
canora y aromada, dulce y táctil,
alas finge y desnudas bayaderas,
columnas de la luz, blancos fantasmas,
ángeles insurrectos
abatidos después serenamente
por la sanmigueliana, tibia espada
del sol agonizante.

Y dibuja el estanque breves argos,
ciudades imposibles,
albaicines de espuma, mundos, nubes.

CONRADO ESPÍA EL BAÑO NOCTURNO DE LAS DONCELLAS

Turbando los senderos pálidos de luna, en el estío,
desnudas bajaban con la cómplice noche
a la verde alberca las doncellas.

Y eran inexplorados continentes sus cuerpos,
nuevos mundos a mis ojos, de tan reales,
y reales eran aun en su desaliño de servidumbre.

Sosteniendo los tesoros de sus risas,
recibían al cristal como a un amante
deshecho por el gozo.

Surgían luego como cisnes,
salpicando estrellas los cabellos,
perlas los senos.

Frotándose entre sí se iban secando
bajo la brisa que buscaba arpegios
en las ramas altas de los eucaliptos.

Ajorcas de ovas en sus pies descalzos,
velos de aromas vírgenes en sus sierpes caderas.

Ceñidas entre sí volvían, con la vida en sazón,
frescas como escarchados cálices
de madre selvas.

Y yo, apagaba la bujía,
las miraba doliente y las miraba

DORALICE SE MIRA EN LAS AGUAS DE LA
ALBERCA Y RECUERDA EL REVUELO DEL DÍA
DE SU MUERTE

Vine a la alberca como cada tarde
pisando hojas vencidas,
sin olvidar la prohibición de siempre.

Una pálida mano desde el fondo,
más abajo aún de las copas
de estos frondosos eucaliptos,
me llamaba,
y en el cielo indolente que allá se fingía
vi agitarse unos rubios, metálicos cabellos.

A mi espalda, enredada entre las ramas,
quedó la roja cometa.

Jamás un ruiseñor encerró misterio tal
en sus arpegios.

Fueron luego las voces amarillas y los turbios lamentos
de las dulces doncellas,
los sollozos de mamá,
las preces de Conrado
y un silencio, diferente al que habita, en mi padre.

GRANADA PERDIDA

Castiga Genil a Dauro
por tan cruel mensajería
y en las puertas de Granada
con su daga lo asesina:

que la torre de la Vela
y Granada ya es perdida,
que es cierto lo que escuchó
horas antes en la ermita,

que los fieros vencedores
ya aquella ciudad humillan
y que de cruces ya colman
los muros de las mezquitas.

Huye Genil por la vega,
apenas roza la brida,
siguiendo a Guadalquivir
cruzará la mar altiva.

OTOÑAL

Campos azotados por la lluvia de octubre;
blancas casas del pueblo en lejanía,
semiocultas por las brumas;
cumbres donde se deshilvanan nubes
como cíclopes vencidos;
moral y álamos de fugitiva amarillencia
como ascuas en el centro de las nieblas;
rebaño que, apremiado por la voz de los pastores,
regresa hacia el aprisco
por la tortuosa senda...

Poco más de las seis
y la noche ya se anuncia.

El hombre del paraguas negro
todo lo mira
en tanto que sus botas
lentamente se hunden
en la tierra embarrada.

UMBRÍA

Por la torcida senda, en los comienzos del estío,
llegarás al rincón del que te hablo
donde todavía es joven el sacro Guadalhorce
y se remansa verde, verde y silente
bajo una espesa umbría de ramas altas
que forman pabellón o cúpula
no menos verde.

Algunas adelfas se miran sobre el cristal
en el que fulgen también áureas medallas
que el sol bueno introduce
por la espesa enramada.

Verde y apacible es el lugar,
verde y misterioso.

Conduce allí a tu amiga
y sea tercera de vuestros amores
la naturaleza amable.

INSTANTE

Junto a las viejas murallas
azafranadas de crepúsculo
florecía un almendro
y a sus ramas llegaba
una constelación de gorriones.

Ante el rubio misterio del instante
hasta los mismos niños sosegaron
expectantes en vano de un prodigio.

Una esfera de fuego resumido
cayó desde un naranjo
rompiendo de repente
la quietud verde y honda del estanque.

Y en el añil del cielo
flotaba la primera estrella.

UN DÍA DE ENERO

Contempla y oye el son
del agua fugitiva;
asechanzas no faltan
jamás a su pureza,
mas no aquí ni esta tarde, buen amigo.

¡El mundo es tan hermoso todavía!
De un olivo a otro olivo, por las sierras,
bandadas de mohínos
como danzantes marchan;
pinceladas de lirios
se engastan en el verde oleaje
de los alegres campos;
serenamente llega
tintineo de esquilas a lo lejos
y están como vestidos los almendros
para su ardiente comunión primera.

GRANADA

(CREPÚSCULO DE PRIMAVERA)

No deseo otra luz que este poniente
ni más goces pretendo que este aroma
y el sonido del agua que se asoma
con temor, tal esclava del oriente.

Un misterio de cárdena redoma
la hora guarda muy frágil y silente;
el celindo en la brisa lo presiente
y en la fuente una trémula paloma.

No deseo más nada. Ni la envidia
ni exigentes lujurias ni la gula...,
nada -sabedlo- mi sentido anula.

El alma ha sosegado y ya no lidia,
ya no espera ni sueña; goza el fruto
de este instante sublime y absoluto.

VISIÓN

Recogiendo sus redes va la Muerte
en su esquife que es féretro sin remos
por el revuelto río del crepúsculo.

Apenas un instante sobre el agua,
indefensos, los hombres,
nadan, bracean, luchan, se estremecen
sin que nada les valga.

Semejantes en todo me parecen
a esas rojas estrellas
que fulgen un momento
y se pierden en noche interminable.

LA TORMENTA

Con mudas zapatillas de “ballet”
danza y danza la lluvia
en la oscura esmeralda del estanque.

Las trepadoras rosas
de la antigua glorieta,
empapadas, temblando vagamente
al paso señorial de la tormenta,
ya se humillan por verte,
y entre el musgo y las hiedras,
sobre su pedestal ennegrecido,
el fauno ríe y ríe
contemplando la furia de tus besos,
la fuerza de mi abrazo.

ELEGÍA V

(LOS CAHORROS)

Un camino poblado de cerezos
bajo el azul de mayo;
un camino que en senda se trocaba
y después en vereda
hasta entrar en las bravas angosturas
del gran desfiladero.

El río que en cascadas
agitaba sus címbalos
para después en pozas remansarse
silenciosas y verdes.

La gigantesca gruta
por donde alegre el agua,
tal lengua de cristal, se abría paso.

Las milenarias eras,
rústicas aras para el dios luciente,
alzadas entre riscos
sobre los verdes prados.

Los perdidos cortijos,
las cuantiosas acequias,
las cumbres solitarias...

Si existe todavía aquel ensueño,
allí perseguiremos
tú y yo juntos la nueva primavera.

ELEGÍA IX

Acaso mi primer recuerdo sea
una alegre palmera que ofrecía
su panoplia de ramas al celeste
en el parvo jardín de aquella casa
donde un dorado otoño
colmó de intimidad mi nacimiento.

Las riberas del Nilo,
la gracia de sus verdes palmerales
al caer de la tarde,
hoy me evocan aquel rincón dichoso
donde yo imaginaba muchas veces
estos mismos lugares
cruzados lentamente
por la gran caravana de los Reyes
que al portal de Belén se encaminaban
con camellos cargados de tesoros.

Las riberas del Nilo,
tapiz multicolor
en breve derrotado
por la noche pagana del desierto,
y aquel primer jardín
que educó mis sentidos
para la busca siempre de lo bello
hoy confunden el tiempo y el espacio
en una eternidad
efímera y posible.

ESTAMPA DE LOS AÑOS CINCUENTA

Ver la lluvia a través de los cristales
de un café de provincias en domingo:
los burgueses felices en su limbo
van y vienen por entre soportales;

las muchachas, distintas pero iguales,
que sin rumbo pasean en corimbo,
como erráticos ángeles sin nimbo,
buscando quien las haga terrenales;

una monja, un soldado, algún mendigo,
un famélico perro, cien paraguas
y las mismas campanas retadoras.

Fuma adentro el anónimo testigo;
ya no evoca ni espera ya otras aguas;
acabó por creer vanas las horas.

LA CASA

Noble casa arruinada de Toledo
con su arco mudéjar y su alberca;
fiel rincón para ver a Dios de cerca
y olvidar de la ciencia el fruto acedo.

Noble casa que un viejo muro cerca;
fiel rincón donde el tiempo es dulce y quedo
y a la muerte se puede hablar sin miedo,
a la muerte que ya se nos acerca.

Noble casa con patio soleado,
con nidos al amparo del tejado
y un naranjo en abril todo fragante.

Y esperar que nos diga la campana
de un pequeño convento muy cercano
que por fin ha llegado nuestro instante.

A UN ARROYO

Caminas entre juncos y caminas
sobre alfombra de guijas nunca avara;
caminas entre zarzas y entre jara
con sandalias de plata y cristalinas.

Espíritus del agua, tus ondinas
proclaman sus secretos con voz clara
y a veces su belleza grande y rara
descubren entre líquidas cortinas.

Es la flecha del arco que con celo
han dispuesto las nieves, tu corriente,
y eres llave pues abres las montañas.

A tu grupa cabalga siempre el cielo
y para recibir tu fiel simiente
tiene el mar preparadas sus entrañas.

COLORES

¡Qué imagen tan de otoño!
Las hojas de la hiedra,
dispuestas ya a morir en el estanque,
se han teñido de un cárdeno rojizo.

Para su transitorio fin se viste
con oros y otras galas el paisaje.
¡Pudiera yo también,
ahora que me voy,
acendrar los colores de mi adentro!

AGUACEROS

Se han llenado de perlas los jámenes.
Bajo la tarde gris, fría y silente
se han llenado de perlas,
y la tierra mojada, con su aroma,
me evoca los lejanos aguaceros
de días escolares.

Vivir en el recuerdo es más hermoso
que esta lucha constante, cotidiana,
contra todo lo feo que nos cerca.